

Yugoslavia: el factor CNN

RAFAEL L. BARDAJI

Profesor de Estudios Europeos (ICADE) y Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

CUANDO los países comunitarios reconocieron apresuradamente la independencia de Bosnia en la primavera de 1992 y pasaron la tarea de reglar el conflicto a las Naciones Unidas, el Secretario de la ONU, Boutros Boutros Gali, admitía, tras un estudio in situ por su ayudante Marrack Goulding, que la situación "trágica, peligrosa, violenta y confusa sobre el terreno no permitía ninguna operación de mantenimiento de la paz". Era algo evidente: sólo se puede mantener la paz si hay paz que salvar, lo que no era el caso.

No obstante, tres meses más tarde, en septiembre, con una situación aún más deteriorada en términos militares, Naciones Unidas establecía el cuartel general de UNPROFOR para Bosnia y demandaba la ampliación de su contingente en más de 6000 hombres. Ahora bien, la misión de dicha fuerza no sería mantener la paz, ni mucho menos imponerla, sino proteger el envío y la distribución de la ayuda humanitaria que estaba realizando el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

¿Qué había ocurrido entre medias para conllevar un cambio tan drástico de posición? Algo terriblemente simple: las imágenes desoladoras ofrecidas constantemente a los mullidos votantes occidentales durante todo el verano del 92. Imágenes en tiempo real de muertes y masacres; noticias de campos de prisioneros; informaciones sobre violaciones masivas y sistemáticas; la limpieza étnica de áreas enteras de Bosnia. En suma, la materialización de viejos recuerdos y fantasma de difícil trago para una persona medianamente educada y sensata.

Es más, este espanto ofrecido por periódicos y televisiones machaconamente,

se cuadraba muy mal con los cánticos y celebraciones que simultáneamente tenían lugar sobre la construcción europea, la marcha hacia la unión política, o las autoalabanzas de organismos como la OTAN que repetían hasta la saciedad que eran el pilar fundamental de la seguridad de los europeos.

La esquizofrenia tenía un límite y los gobernantes se vieron obligados a dar una respuesta que lavara su imagen de pasividad y tranquilizara la conciencia de sus votantes. Ante la falta de voluntad o la imposibilidad de montar una campaña bélica similar a la realizada en el Golfo, la mejor solución de las posibles fue la protección de la ayuda humanitaria.

Por un lado, se despachaban solemnemente tropas que mostraban que nosotros, los seres civilizados, no podíamos quedarnos impasibles, horrorizados, ante los atropellos que tenían lugar en esa guerra; por otro, las misiones de escolta suponían una intervención más que limitada, sólo unos pocos hombres, escasamente armados - apenas para la autodefensa en los casos más extremos -, neutrales ante las partes y preocupados por los sufrimientos de la población civil, no por la victoria en el campo de batalla.

EL ALIMENTO DE LA GUERRA

Ahora bien, si la presencia de tropas bajo la bandera de ONU serviría para acallar temporalmente la mala conciencia de los europeos quienes veríamos que, al fin, nuestros gobiernos hacían algo por esa pobre gente, las dificultades que la ayuda humanitaria ha ido encontrando durante estos últimos meses, la continuación y generalización de la violencia, la perpetuación de los sufrimientos, han puesto de relieve que la ayuda, sola-

mente, no sirve para acercar las posiciones enfrentadas de serbios, musulmanes y croatas. De hecho, lejos de estar más próximas hoy, las diferencias se han agrandado con el paso del tiempo.

Podría afirmarse que, en realidad, la ayuda humanitaria ha contribuido al enquistamiento de la situación. Normalmente la imagen que se ofrece de los convoyes cargados de alimentos, medicinas y enseres es la de la salvación de miles de personas necesitadas, a punto de sucumbir de frío y hambre. Paradójicamente, en muchos de los puntos más aireados, como Sarajevo, los alimentos no son un bien escaso. Hay comida, pero a precios desorbitantes. Como en toda situación de guerra la penuria es obvia comparándose con la paz, pero el mal mayor de la guerra no es la desaparición de los bienes en muchos casos, como ocurrió también en el Líbano, sino el acaparamiento y el mercado negro. La ayuda humanitaria no ha servido por tanto para salvar a cientos de miles de personas, sino para hacer más asequibles los productos que buscaban.

Pero hay más, puesto que lo anterior ya sirve de justificación suficiente de la misión. La ayuda humanitaria ha favorecido la aparición de una economía de guerra de la que se benefician todos, refugiados, civiles, bandoleros, señores de la guerra y militares. Las imágenes que se abren ante los telespectadores no lo enseñan, pero los convoyes que salen cargados de su punto de arranque no llegan así a su destino. Entre medias, derechos de pasos, asaltos, negociaciones con guerrilleros o bandoleros para comprar paz a cambio de mercancías, hace que lo que finalmente se entrega sea una parte muy merma-da de lo que en teoría podría darse.

Mejor eso que nada, podría pensarse. Sin embargo, a la vez que se alimenta a los civiles (que muchas veces sólo son civiles a la hora de recibir ayuda y que no dudan en combatir durante el resto del día), se está alimentando directamente a las múltiples facciones armadas que los camiones blancos de Naciones Unidas cruzan en su recorrido. O peor, se está favoreciendo una economía que cambia esos bienes por munición y armas.

Por otro lado, la ayuda humanitaria no ha resultado tan políticamente neutral como se pretendía. Bien al contrario, la presencia de los cascos azules ha sido bien explotada por unos y otros en contra de los deseos de todos. Los croatas derribaron un avión italiano para forzar a una mayor presencia internacional contra los serbios; los musulmanes retuvieron al general Morillon y a los soldados españoles como escudos humanos y para llamar la atención internacional sobre su situación cuando veían perdida la guerra; nadie sabe de quién partió el obús que segó la vida de 70 personas en el mercado de Sarajevo, pero el objetivo es lograr una mayor presión sobre los serbios...

En las escoltas los serbios veían la falta de voluntad política occidental y, por tanto, cierto campo libre para luchar por sus objetivos; los musulmanes y croatas creían que los cascos azules representaban el compromiso de la comunidad internacional con su causa y la promesa de una intervención militar a gran escala frente a los serbios. Nosotros sólo pensábamos en una acción encaminada a aliviar el sufrimiento colectivo, aunque mucha gente creía que iban a acabar con la guerra.

Todos nos equivocábamos y el hecho es que, ahora, con una situación de violencia mucho más enconada y arraigada en los sentimientos de la gente, el sentimiento de cansancio e inutilidad por lo hecho cobra fuerza por doquier. Eso explica los anuncios de revisión de la presencia de los cascos azules en Bosnia que los países aliados se plantearían a finales de la primavera si no mejoran las perspectivas para un alto en las hostilidades.

EL FRAGOR DE LOS CAÑONES

A pesar de todo, no deja de ser una píldora amarga la guerra abierta en un rincón del Viejo Continente para la que no se ve solución alguna, de momento. De hecho, esta falta de visión, de un proyecto pacificado realista y posible, ha dominado, junto con la presión pública, todas las medidas adoptadas por la comunidad occidental ante el conflicto: si la Unión Europea quiere convertirse en un proyecto creíble, tiene que diseñar una salida a largo plazo; si la OTAN pretende seguir siendo un pilar esencial de la seguridad de los europeos, debe ofrecer unos instrumentos militares válidos para conducir a una solución aceptable por todos.

Por eso, la guerra en la antigua Yugoslavia ha sido y es mucho más que una simple guerra civil. Se ha vivido como el banco de pruebas, el test esencial del vigor de la construcción europea. La violencia desatada por los bosnios no sólo golpeaba a serbios, musulmanes y croatas, sino que hería directamente a la Comunidad; las luchas entre bandas, las violaciones del más de un centenar de alto el fuego, los ataques contra los soldados de la ONU, todo ello golpeaba a las instituciones europeas y occidentales.

El mortero sobre el mercado de Sarajevo, bien retransmitido en toda su crueldad por la prensa de todo el mundo, no hacía sino añadir más contradicciones a los componentes de eso que se ha llamado "la nueva arquitectura de seguridad europea". Había que hacer algo.

El ultimátum lanzado por la OTAN para que se retiren del cerco de Sarajevo las baterías pesadas en 10 días no es más que la lógica combinación de hastío y necesidad de resultar creíble. ¿ante quién? Tal vez menos ante los propios serbios que, de nuevo, ante las poblaciones francesas, españolas, británicas, alemanas, etc. La medida es un compromiso menos con el pueblo de Sarajevo que de la OTAN consigo misma. Y no deja de ser una medida limitada. Ciertamente, de conseguirse doblegar a los bosnios-serbios, se puede presentar como una acción exitosa, una victoria diplomática que da pie a nuevas esperanzas negociadoras. Pero



abandonar el cerco de Sarajevo no implica, ni mucho menos, el fin de la guerra. Ni siquiera un cambio del equilibrio militar en la zona, a pesar de la fuerza de su simbología.

El problema surgiría si los serbios no aceptaran los términos del ultimátum y la OTAN se viera forzada a cumplir su palabra, bombardear, porque si esos bombardeos se limitan a cumplir los términos de dicho ultimátum, no supondrán una alteración sustancial de la situación militar, al contrario, sólo conseguirán empeorarla, azuzando la violencia en el suelo. Si, por el contrario, van más allá de lo planteado, iniciando una escalada, la guerra contra Serbia está servida y el futuro de una estabilidad en la zona queda en entredicho. Y todo como consecuencia de querer po-



der repartir víveres y demás enseres en paz.

LECCIONES NO APRENDIDAS

Primero, la ayuda humanitaria tiene como objeto aliviar el sufrimiento humano de una guerra, así como intentar reducir la tasa de mortalidad producida tanto por la violencia como por el hambre. Si la misión humanitaria no consigue esto o, peor, pone en peligro un mayor número de vidas, tiene por fuerza que replantearse su ejecución. El bombardeo sobre la artillería en torno a Sarajevo no es ni positivo ni negativo en ese sentido, todo depende de las circunstancias. Pero si sólo logra desatar más pasiones y violencia tiene que ponerse en entredicho la oportunidad de tal medida.

En segundo lugar, toda intervención militar ofensiva -sea de castigo o coercitiva- por nuestra parte tiene que conllevar una alteración significativa del desarrollo de la guerra. Aceptar la ejecución de misiones aisladas, cuyos objetivos militares son limitados y sin conexión alguna con los objetivos políticos, supone conformarse con la alteración puntual y temporal del balance militar, pero nada más. La fuerza tiene que estar al servicio de un proyecto político si quiere tener algún sentido. Un bombardeo en los alrededores de Sarajevo con la consiguiente destrucción de parte de la artillería serbia aliviará la vida de la población y quedará estupefactamente ante las cámaras, pero si no apunta a que la guerra se pare en otras zonas menos televisivas y se

continúa guerreando en el resto de Bosnia, de poco habrá servido.

Tercero, si se va a hacer algo, hay que hacerlo bien. Tras la guerra del Golfo parecería que estratégicamente vivimos en la era del poder aéreo, tan impactante fueron los resultados allí conseguidos. Pero como todo aviador sabe, ninguna aviación, por altamente letal que fuera, ha ganado nunca una guerra. Ni siquiera en el Golfo. Los ataques selectivos en Bosnia pueden dar sólo resultados limitados. El uso de armas pesadas no es esencial para la continuación de las hostilidades; como tampoco lo es el movimiento de unidades o tropa. En Bosnia hay pocos frentes establecidos, hay violencia por doquier, porque es eso lo que nace de que tu vecino haya violado a tu mujer, matado a tus hijos y arrasado con tus propiedades. Sólo el cansancio del combatiente puede dar como fruto la paz. Alternativamente, sólo una ocupación masiva y un férreo control del territorio puede callar las armas ligeras que no por ligeras están haciendo menos daño en esta guerra.

En cuarto lugar, una intervención a gran escala exige un proyecto de paz a largo plazo bien definido y un altísimo grado de consenso entre las partes. Algo que, hoy por hoy, no existe.

Por todo ello, el ultimátum era una necesidad de credibilidad que no podía obviarse, pero si, presos de nuestros compromisos, se llegara a tener que bombardear será un fracaso. En Bosnia no hacen falta más acciones bélicas, sino soluciones políticas. Si el ultimátum fuerza a los tres grupos beligerantes a sentarse y negociar seriamente, bienvenido sea, porque habrá formado parte de una estrategia para la paz. Pero si se queda en un exabrupto militar occidental causados por la ira y la desesperación ante los desmanes de la guerra, de poco habrá servido ■